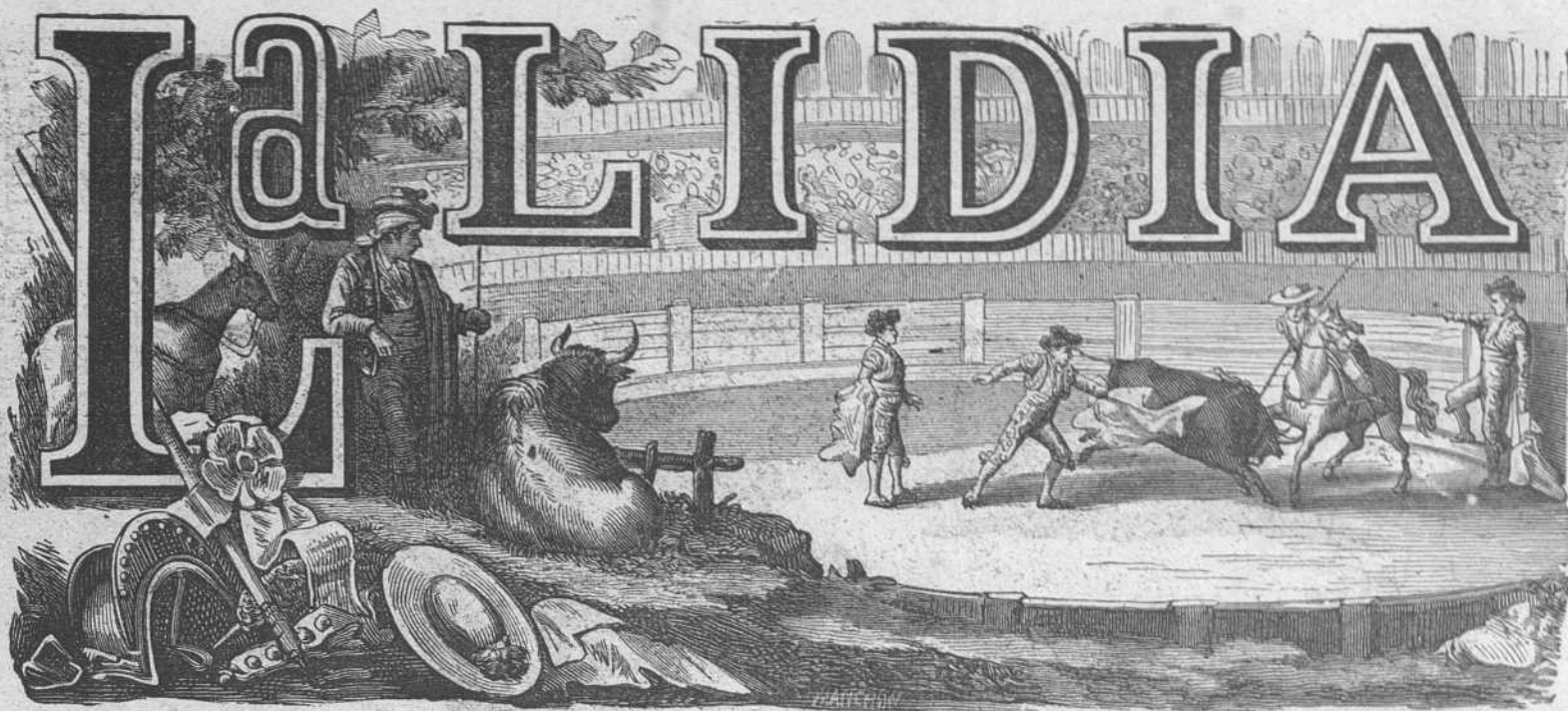


NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
No se admiten suscripciones á Provincias.

PRECIO PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios,
Pesetas. 2,25

REVISTA TAURINA.

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Advertencia.—Nuestro dibujo.—CARTA AL DOCTOR THEBUSSEM, por J. Sánchez Neira.—REQUERDOS DE LA PLAZA VIEJA, por Ploez.—Revista de Toros (Quinta corrida de abono), por Don Jerónimo.

ADVERTENCIA.

En nuestro próximo número publicaremos, según hemos prometido, el retrato al cromo del aplaudidísimo banderillero Rafael Guerra (Guerrita).

NUESTRO DIBUJO.

Como dijimos en el número anterior, nuestro cromo de hoy es un modesto testimonio de admiración y afecto que LA LIDIA tributa á Pablo Herraiz. Después de lo que hablamos de este célebre banderillero y peón de lidia en el número primero del año actual, no nos resta sino llamar la atención sobre su trabajo que honra al talento, verdaderamente excepcional, y tan justamente celebrado, de Daniel Perea. El retrato de Pablo y el dibujo alegórico que le acompaña, bastarían para acreditar á Perea, si su nombre no estuviera tan alto en un género que cultiva con gallardía é ingenio sin igual. A Perea se debe también el retrato de Guerrita, y otros que sucesivamente daremos á conocer, alternando con cromos de actualidades interesantes, y de hechos notabilísimos que en sus años registra la historia del toro.

CARTA

Sr. Doctor Thebussem.

Muy señor mío y respetable amigo: La alta estima en que tengo su profundo saber, me retrajo de dar contestación á la gratisima carta que se sirvió dirigirme con fecha 30 de Junio del año último, y que insertó LA LIDIA en su número correspondiente al día 21 de Julio próximo anterior. Hubiérase creído, tal vez, que yo, pobre defensor de las corridas de toros, quería esgrimir frágiles y peor manejadas armas, con las bien templadas que usted con tanto acierto sabe usar, para que siempre constase (y en ello iba yo ganando), que un hombre de merecida reputación literaria, me había tenido por contendiente; y aunque los que me conocen, supongo que no hubieran abrigado tal creencia, me contuve ante el temor de que otros calificaran de soberbia, lo que no es sino placer de hablar con V., siquiera sea por escrito, acerca de mi favorita diversión. ¡Y si viera V. qué ganas se me pasaron de contestarle! ¡Qué comeción sentí en aquellos días de tomar la pluma y ensartar unas cuantas palabras en son de réplica á su carta!

Aquel respeto y el temor indicado, me contuvieron: y así hubieran quedado las cosas, saboreando yo más de una vez los conceptos intencionados

de tan elegante documento, si no le hubiese visto reproducido en un número de *La Epoca* de fines del año anterior, apadrinando, en cierto modo, los proyectos que con gracioso ingenio indica V. para dar al traste con las corridas de toros. Eso no, me dije: al Doctor debo yo singulares atenciones, y quiero y estoy obligado á guardarle los miramientos que merece; pero al periódico que constantemente denigra las corridas de toros por más que sus redactores se gozan en ver cuantas se celebran en Madrid,—he de contestarle, aunque dé á mis palabras la poca importancia que en ellas reconozco antes que nadie, no porque tengan poca fuerza, sino porque yo no sepa dársela. Esperaré á que LA LIDIA reanude sus tareas, y, dirigiéndome á quien á mí se dirigió, nos entenderemos, puesto que yo acepto algunas ideas suyas, y es posible que no todas las más le parezcan fuera de cordura y tino, y puse manos á la obra, y allá va, querido Doctor, lo que me ocurre acerca de sus proyectos arbitrarios.

¿No es V. el primero que, buscando rodeos y confesando que de frente no puede acometerse sin faltar á la prudencia, la inexpugnable fortaleza de la afición taurina, propone medios que, en su concepto, pueden debilitarla poco á poco, y concluir por destruirla? Ya en 1879 el Sr. D. Manuel María de Santana, que conoce perfectamente la vida humana en su relación práctica con el trabajo, y sabe lo que son las corridas de toros, presentó al Senado un proyecto, que no fué aprobado porque alarmó á muchos una de las principales bases: la de creación de una escuela de tauromaquia. Por camino paralelo á lo que V. señala, marchaba aquél á igual fin, pero no le enmendieron los antitaurófilos; y los que somos aficionados al toro, nos alegramos de ello entonces, y lo celebramos todavía.

Antójaseme, sin embargo, que V. que habla de cosas de toros como un libro, y entiende más de sus antecedentes históricos que muchos á quienes por peritos se conoce, ha querido, al escribir el artículo que motiva estos renglones, vengarse de los amigos Carmena y Peña y Goñi, y aun de mí, porque, *velis nolis*, le hemos obligado, más de una vez, á honrar las páginas de LA LIDIA, tratando cuestiones que, si bien ponen de relieve su envidiable erudición, le son antipáticas en cuanto á lo que en sí entrañan. Tal vez esto no sea exacto: es posible que á mi malicia le parezcan los dedos huéspedes, caso en el cual pídole mil perdones, y me resigno á cumplir la penitencia que me imponga.

Entrando en materia, empiezo por decir á usted que, en mi opinión, los proyectos que indica no son suficientes para desterrar la afición á las corridas de toros, y voy á demostrárselo, rebatiendo á paso de carga sus proposiciones.

Que no se permita á los empleados—para evitar la empleomanía—presenciarlas más que una vez al año. ¿Y qué? á parte de que todos, en general,

queremos mejor *ganar* que *gastar*, porque ganando podemos hacer lo último, y no ésto sin aquello, con esa medida no se conseguiría otra cosa que excluir de la afición á la clase que contribuye bien poco, acaso en un dos por ciento, á fomentarlas.

Que al licenciado de ejército se le conceda baja en el precio de entrada.... Así aumentarían los hábitos de holganza que, sin poder remediarlo, adquieran en el servicio de las armas: y puede que alguno conociéndose valiente, tomase el capote y las banderillas mejor que la esteva y el arado que antes de ser soldado sabía manejar, ó trocarse la lanza por la garrocha, ó el sable por el estoque.

Más acertado está V. en que no se toleren corridas en los pueblos cuyos Municipios se hallan en descubierto de pagar á los maestros de escuela; pero esto se hace ahora, ó al menos debe hacerse, puesto que así lo dispuso una circular del Ministerio de la Gobernación, hará dos ó tres años; y en este punto yo voy más allá. No autorizaría la fiesta aun teniendo el pueblo cubiertas dichas atenciones, si en ella habían de tomar parte personas ajenas á la profesión del torero, para no lamentar tantas desgracias ajenas al arte, y, por lo tanto, hijas de la barbarie, como ocurren en las villas del Mediodía de Francia, con más frecuencia que en España, sin que allí se alarme por esto la opinión pública.

Quiere V. también, para disminuir la langosta de aspirantes á Diputados, Senadores y Ministros, privarles de toros durante el tiempo del oficio y otro tanto más. El que no titubea en armar un *jo-llín*, que suele costar la vida á varios inocentes, con tal de conseguir su elección, ¿piensa V. detenerle en sus aspiraciones por el castigo que le impone? No lo crea. El hombre que se propone medrar con la política, no abandona sus pretensiones aunque le... (no me atrevo á escribir la palabra, á pesar de que está en el Diccionario, y de haberla oído há muchos años en pleno Parlamento á un Ministro de la Corona).

Y como si las maliciosas preguntas que comprenden las anteriores *sactas* le parecieran poco para ridiculizar las corridas de toros, para rebajarlas y para presentarlas como el más pecaminoso ejemplo, emprende V. un asalto con todas armas, aludiendo al jurado, á la plaga de oradores, á la liberalidad de los asistentes al circo taurino, á los malandrines electorales, á la instrucción patrocinada por el Gobierno, y á qué se yo cuantas cosas y personas, entes y sociedades, que, francamente, en este particular, me considero rendido y desarmado: tal es el ardimiento con que ha esgrimido aquellas, y el tino con que ha repartido á diestro y siniestro, tajos, mandobles, cuchilladas, reverses y estocadas á fondo. ¡Cuántas verdades en pocas palabras! Ni los antiguos toros Alvareños, ni los modernos Miuras —y tome en buen sentido la comparación,—fueron ni son más intencionados para herir, que lo son aquellas frases aceradas y más puntiagudas que los cuernos de tales animalitos. Para lucirlas me



Á LA MEMÓRIA
DE
PABLO HERRERO
LA LIDIA

RECUERDOS DE LA PLAZA VIEJA.

salgo de la cuna y tomo el olivo; pero me ha hecho caer entre barreras, aquello de difundir las corridas para que lleguen a ser un sentimiento en el corazón de los españoles, como lo es el patriotismo en el corazón de los ingleses. Sólo para protestar en forma contra el espíritu y contra la letra de este párrafo, le he copiado; y créame V., querido Doctor, diera mucho por no verle contenido en su inestimable carta.

Saltaré, aunque sea al trascuerno, por encima de frases tan punzantes; hágame cargo de que la mostaza de su epístola hace saborear con más gusto el almivar que rebosa en ella, pareciéndose en esto a la delicada flor que oculta entre sus hojas purísimas espinas. Agrada verla, pero no puede tocársela.

Sin embargo, la ignorancia es atrevida, y como no se trata de defender las corridas de toros, sino de atacar a los que las sostienen, y de buscar medios para concluir con ellas, marcaré solamente como preliminar de ulteriores afirmaciones, la equivocación que padecen muchas personas suponiendo que por presenciar aquella fiesta hay familias que gimen en la miseria, que venden ó empeñan á cualquier precio sus ropas, y que desatienden las más sagradas obligaciones; ó lo que es igual: que el sostén del espectáculo, tantas veces anatematizado sin fruto, le constituye la gente baja, pobre y holgazana.

¡Pobre gente á quien la suerte no ha colocado en buena posición! De todos los males que á la sociedad afligen, no tiene ciertamente la culpa, pero paga la pena. ¡No hay duda que las trece mil localidades de la Plaza de Madrid, que á los precios que hoy cuestan, representan un capital en cada función de más de cuarenta mil pesetas, estarían llenas de bote en bote si la gente baja fuese la que sostuviera el espectáculo! ¡Qué ganancias tan exorbitantes tendrían las Empresas si con sólo el dinero que dicha clase suministrara, hubiera de atender á los enormes gastos que la fiesta española original ¡Qué portentoso sería el importe del abono, si éste se cubriera con el producto en venta, ó del empeño de miserables ropas ó jergones!

No, mi buen Doctor; no son los pobres que carecen de recursos para vivir, los que mantienen la afición á la lidia de toros bravos. Los pobres se resignan á ver un par de novilladas al año, por unos cuantos céntimos que no componen unidad de peseta; y los que en mejor esfera trabajan con más utilidad, se contentan asistiendo á una ó dos corridas; de lo cual deduzco que quien va frecuentemente á los toros, y por lo tanto constituyen el núcleo de la afición, es la gente rica, que compuesta de títulos, banqueros, comerciantes, altos funcionarios y damas encopetadas, abandona el aristocrático salón de conciertos, para ocupar las mejores y más caras localidades de la Plaza, sin perjuicio de exhibirse de noche en la sala del Teatro Real, con sus mejores joyas y atavíos. Los ricos son, á no dudarlos, quienes mantienen y acrecientan la afición á las corridas de toros: los que sacan de su caja billetes de Banco (que nunca han poseído los jornaleros) hasta completar treinta y cinco mil duros, que es el importe del abono de media docena de corridas próximamente; y el resto de los espectadores no abonados, es una masa flotante de forasteros y estudiantes que Madrid contiene, y á la que no lleva precisamente la afición, sino el deseo de ver alguna vez la fiesta que goza de más predilección entre los españoles.

Ninguno, pues, de los medios propuestos, concluirá; ¿qué digo concluir? ni siquiera amenguará la afición á las corridas de toros; y ni por ellos, ni por la supresión *ab irato* de tal fiesta, dejará ésta de celebrarse, aunque sea clandestinamente. Otras pueden ser las causas que conduzcan al fin que V. y algunos más apetecen: yo las preveo y podría indicarlas, pero no haré tal, que en mí sería criminal conducta contribuir á matar lo que toda mi vida he defendido. Nada es eterno en este mundo; conque dejémosle al tiempo hacer lo que los nacidos no verán. Y aquí hago punto, convencido como lo estoy há mucho tiempo, de que en las cuestiones taurinas y en las políticas, todos creen tener razón, y todos con buenas razones las discuten, pero nadie, en verdad, doblega su opinión á la contraria. Callar me toca, pero aferrado á mi idea; siga ust d con la suya, querido Doctor, que por tenerla y acariciarla, ni ha de lograrse ver la desaparición de las corridas de toros, ni ha de dar por terminada la benevolencia—según espero—que siempre ha dispensado á su apasionado admirador y s. s.

q. b. s. m.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Era un toro cornalón con más cuartos que la luna, y dijo Mariano Antón al Tato:— ¡Mucha atención, no te quedes en la cuna! Guapo como siempre, Antonio siguió pasando á la res, diciendo, dado al demonio:— ¡Si esto no es cuna, si es, una cama y matrimonio!

PLÓEZ.

TOROS EN MADRID.

5.ª CORRIDA DE ABONO. — 4 DE MAYO DE 1885.

Los toros pertenecían á la vacada del Ilmo. Sr. Don José Orozco y García Ruiz, según rezaba el cartel con todas sus letras.

Cuadrillas, las de Rafael, Salvador y el Gallo.

Picadores de tanda, Manuel Calderón, que parece un piquero castrense desde que se ha quitado las patillas; y el inmenso Emilio Bartolesi.

A las cuatro hizo la señal el Sr. Presidente, se verificó el despejo, etc., etc., y rompió plaza *Rabicano*.

* *

Era el bicho berrendo en negro, capirote y botinero, cornicorto y corniancho y de bonita lámina. Aguantó tres varas de Calderón (Manuel) y dos de Bartolesi, que cayó en una, de latiguillo, con su descomunal humanidad, y una de Pepe Calderón, con caída y caballo muerto.

El toro en esta faena demostró más voluntad que bravura y poder, y se aplomó á última hora.

Inauguró el segundo tercio el Torerito con un bonito par quebrando, que fué aplaudido.

Siguió Juan con un par al sesgo, que quedó en el suelo, y enmendó con uno cuarteando desigual, y terminó el Torerito con un par cuarteando, muy bueno, estando el toro en defensa. (Muchos aplausos.)

Rafael, de verde y oro, tras una faena de muleta deslucida y fea, compuesta de dos naturales, seis con la derecha, dos de telón y uno preparado de pecho, clavó, echándose fuera horrorosamente, una estocada pescuecera, que mató al toro, y valió al matador una espantosa silba, tan grande como merecida. ¡Qué horror!

Habiéndose inutilizado en los corrales el toro que en segundo lugar había de correrse, salió en su reemplazo *Estanquero*, de la ganadería de Barrionuevo, de Córdoba; cárdeno, bragado, de libras, gacho, y abierto de cuerna, duro, seco y de gran cabeza; un buen toro.

Tomó de los de tanda y reservas ocho varas, dió cuatro tumbos mayúsculos, mató cuatro caballos, y mal hirió dos.

Ostión clavó un gran par al cuarteo, que de puro consentir resultó algo pasado; siguió Paco Frascuelo con un par al suelo y medio cuarteando, y terminó Ostión con un par inmenso al sesgo. Gran ovación al banderillero de Frascuelo.

Salvador, de verde y oro, después de pasarse una vez sin herir, mató al toro de un pinchazo á volapié y una magnífica estocada en la misma suerte, tras nueve pases con la derecha, uno de telón y uno preparado. (Grandes aplausos.)

Berrendo en negro, botinero, cariavacado, cornicorto, apretado y de libras fué el tercero, llamado *Berengeno*. Con poca voluntad, y muy acosado generalmente, tomó seis varas y dejó á Bartolesi de infantería.

Almendo salió por delante con medio par al cuarteo; siguió Guerrita con un par bajo á la media vuelta, y terminó Almendo con un par orejero, cuarteando. ¡Buena comedia! El toro estaba quedado.

El Gallo, de negro riguroso, se dirigió al toro, y después de haber mandado retirar á Salvador, que quería ayudarlo, y tenía razón, hizo una faena, mejor para callada que para cantada, de 31 pases, todos muy malos, que sirvieron de preparación á un pinchazo, otro á la atmósfera, saliendo arrollado y siendo librado por el capote de Salvador; una estocada baja y delantera, barrenando; media estocada alta, todo ello arrancando largo, sesgado y de mala manera, y un descabello al quinto intento.

Mediamanta se llamaba el cuarto, berrendo en cárdeno, botinero, caribello, de hermosa estampa, y abierto y cortó de cuerna.

Con bravura y poder arremetió á los piqueros ocho veces; dió cinco tumbos, mandó á Bartolesi á la enfermería, dejó tres caballos, y mandó á dos á los corrales por su pie.

Juan Molina y el Torerito clavaron á *Mediamanta* tres y medio pares, correspondiendo al Torerito dos pares cuarteando buenos, que fueron aplaudidos.

Y Rafael, que se encontró con un toro noble y aplomado, volvió por su honra, echando á rodar al bicho de dos pinchazos en hueso y un magnífico volapié, después de un lucidísimo trasteo de muleta compuesto de tres pases con la derecha, cinco de telón, siete preparados y doce medios pases. (Gran ovación.)

Reunio se llamaba el quinto, berrendo en negro, botinero, de bonita presencia, corniaberto y cornicorto, y que salió rebrincando del chiquero.

Tomó con bravura once varas; dió una caída; dejó en

la plaza dos caballos y mandó otros dos á la enfermería.

Paco Frascuelo clavó un par al cuarteo, después de cuatro salidas falsas; secundó Ostión con un par cuarteando desigual, pero de mucho castigo; siguió Paco con un par cuarteando, bueno, y terminó Ostión con un magnífico par al cuarteo.

Salvador echó á rodar al toro de tres pinchazos altos y un magnífico volapié, después de veinticuatro pases. (Aplausos.)

Cerró plaza *Bravo*, berrendo en negro, capirote, botinero, de buena lámina y bien armado; tomó con bravura siete varas, mató dos caballos, dió dos caídas y acabó tarde.

Guerrita inauguró el segundo tercio con un buen par cuarteando; siguió Almendo con medio par orejero, cuarteando, y terminó Guerrita con un par sesgando, que fué aplaudido.

El Gallo echó á rodar al toro, después de pasarlo bastante despegado, á pesar de acudir con bravura á la muleta, de dos pinchazos malos, dos estocadas idem y un descabello.

* *

RESUMEN. Los toros del Sr. Orozco, sin haber hecho precisamente maravillas, cumplieron, en general, sobresaliendo el cuarto y el quinto. Tenían todos buena lámina, y estaban bien criados. El de Barrionuevo, que se corrió en segundo lugar, fué el mejor de la corrida; duro y de empuje, y aunque tardó al final, recelándose algo del castigo, no volvió una vez la cara, lo cual parece increíble con la horrible faena que traen hoy día los picadores.

En suma; con ganado como el corrido ayer tarde, nos daríamos los aficionados por muy satisfechos, y la Empresa acallaría un tanto, si es que eso es posible, las repetidas quejas del público.

Vamos á los matadores.

Ayer vimos á **Rafael** en las dos únicas fases que tiene su modo de matar. ¿Se desconfía? No se le puede mirar. ¿Se confía? Hay que olvidarlo todo y aplaudirle con entusiasmo.

Su primer toro no traía nada. Estaba algo incierto, pero acudía cuando lo llamaba el matador. Éste, en lugar de apretarse, se soltó, es decir, se encorvó y pasó de lejos con la muleta sesgada. Cuando arrancó á matar lo hizo echándose de un modo incalificable y disparando el estoque, que quedó clavado en el pescuezo. Fortuna que la herida resultó mortal; y ya que la faena fué tan mala, menos mal que fuese corta.

En su segundo toro vimos el reverso de la medalla. Se trataba de un bicho noble y aplomado, tan aplomado, que el toro de muleta se compuso casi exclusivamente de medios pases, porque hay que advertir que en los preparados de pecho, el toro se quedaba casi siempre en su terreno, sin facultades para rematarlos con los pies, y hociendo, puede decirse, en la muleta. Júzguese si estaría aplomado.

Rafael se confió, estuvo corto y sosegado, se arrancó valiente en los dos pinchazos altos y se entregó en la estocada. La ovación fué inmensa y demostró el delirio del público por Lagartijo y sus deseos de borrar con el entusiasmo que produce una buena faena, la frialdad y el desacierto que Rafael ha demostrado, generalmente en las cuatro corridas anteriores. Así, da gusto torrear, pero esta misma idolatría del público, debe estimular á Lagartijo. Esperamos que la brillante faena que hemos reseñado es el preludio de ovaciones venideras.

Salvador estuvo en su primer toro guapo y en la cabeza, lo mismo al pasar que al herir. En la estocada al aire, el toro le señaló lo que debía hacer, el toro le dió á entender que era necesario dejarse caer porque no estaban sus facultades para acudir con bravura á la reunión. Salvador lo comprendió así, y dió la estocada que le valió una ovación.

El primer pinchazo en hueso á su segundo toro, fué superior, pero el animal, aleccionado con las salidas falsas de Paco Frascuelo, que parece una verdadera calamidad, comenzó á estirar el hocico en los pases y á cernirse en el engaño, colándose y cabeceando.

Los dos pinchazos que siguieron al anterior, los dió Salvador desconfiado y desde lejos, pero aplomaron al toro y lo trasformaron en masa de volapié. La prueba es que el matador arrancó la cuarta vez corto y derecho, y clavó el estoque en el sitio de la muerte, como quien lava, y fué muy aplaudido.

El público estuvo muy justo con los dos matadores, dándoles lo que merecían. Quiera Dios que continúe por ese camino!

La reciente desgracia que aqueja al **Gallo** nos impide hoy hablar de sus faenas de ayer, ya que nuestro juicio resultaría bastante desfavorable.

De los banderilleros, Ostión, admirable; el Torerito, bueno, y bueno también Guerrita, aunque insoportable á veces con el capote.

Los picadores, como siempre, Fuentes puso dos varas aplaudidas.

El público numerosísimo, y ¿para qué negarlo? satisfecho.

Noticias que oímos á persona que debe saberlo.

El próximo domingo se lidiarán, probablemente, tres toros de Salas y tres de Mazpule, y el 17 seis de Veragua. En ambas corridas estoquearán los tres espadas escriturados.

El día 31, corrida de Beneficencia, con cuatro reses de D. Félix Gómez, y otros cuatro de Veragua, aunque esto último no es aún oficial. Torrearán Lagartijo, Frascuelo y el Gallo, y se habla también de Mazzantini.

DON JERÓNIMO.